

DE COMO CONOCI AL P. DONOSTIA

P. JORGE DE RIEZU

Tras tardío despertar, fueron poco a poco las iglesias de nuestro país incorporándose en el movimiento restaurador de la música sagrada, promovido en Alemania a mediados del pasado siglo y definitivamente reglamentado en el «*Motu proprio*» de San Pío X, que se promulgó el día de Santa Cecilia, 22 de Noviembre de 1903.

Todavía en 1911, aludiendo a la Ciudad de San Sebastián, se preguntaba Gonzalo en la revista «Música Sacro-Hispana» si no serían del caso «algunas misiones gregorianas». Algo así hubo un par de años después, no en forma de misión, sino de conferencias, dictadas por el P. Nemesio Otaño a últimos de Marzo de 1913 en el Centro Católico de dicha ciudad. En ellas prestó colaboración el P. Donostia, ya dirigiendo, ya acompañando los ejemplos musicales, y de ellas hizo un comentario, que vio la luz en la revista «Euskal-Erria», suscrito con el nombre de religión, P. José Antonio de San Sebastián. ¿No sería él mismo el Gonzalo de «Música Sacro Hispana?» Porque el nombre de pila del P. José Antonio era José Gonzalo, y la identidad de enfoque de uno y otro artículo sugiere identidad de autor.

A los pocos días de las conferencias del P. Otaño ocurrió en San Sebastián un hecho, que años más tarde hubiera pasado inadvertido, pero que entonces se consideró extraordinario. Con motivo del traslado de la capilla de los PP. Capuchinos de la calle Garibay, n.º 6, a la calle Oquendo, n.º 22, se celebró un solemne triduo de inauguración. El segundo día, -14 de Abril-, actuó la «Schola cantorum» del Colegio de Filosofía de los PP. Capuchinos de Fuenterrabía. La intervención de aquellos jóvenes capuchinos debió de ser tan sorprendente y ejemplar, que dos prestigiosos músicos, D. Celedonio Múgica y D. José M.^a Olaizola, organista de la iglesia de Santa María, solicitaron del director de dicha «Schola» P. Hermenegildo de Ciaurriz, una audición, orientada, por supuesto, según las normas del «*Motu proprio*», que se llevaría a efecto en el referido convento de Fuenterrabía.

Tal fue la génesis de la «Excursión gregoriana», realizada el 4 de Agosto de 1914.

Aparte la Misa cantada, la audición había de comprender tres partes: *Canto gregoriano*, *Canto popular*, *Polifonía*. Consultado el P. Donostia sobre el género popular, envió a la «Schola» varias canciones vascas de las colecciones de Hiriart y de Bordes, con otras más recogidas por él mismo. Prometió además la asistencia, de no surgir impedimento.

Nuestra expectación iba en aumento con la proximidad de la fecha. Y digo *nuestra*, por contarme entre los integrantes de la «Schola». ¿Quiénes van a venir? nos preguntábamos unos a otros. ¿Podrá asistir el P. Donostia? Teníamos todos verdadera ansia de conocerle y de oírle, y en que nos acompañara cifrábamos nuestro éxito. Ya para entonces su nombre era traído y llevado en las páginas de la Prensa. El año anterior había aparecido el primer cuaderno de sus *Preludios Vascos*, y ya se anunciaba el segundo. Por las mismas fechas habían visto la luz varios cuadernos de canciones populares vascas armonizadas por él, y a fines de 1913 había estrenado el Orfeón Donostiarra la *Suite Vasca* en cuatro tiempos, para voces mixtas, con el celebrado *Iru-txito*. En San Sebastián comenzaban a oírse en versión para orquesta los *Preludios Vascos*, y en plazas públicas en versión para banda. Se rumoreaba además que no se haría esperar la ópera *Larralde-ko Lorea*, sobre texto de A. Campión, vertido en euskera por Domingo Aguirre. Se sabía, en fin, que con celo de apóstol y afanes de buscador de perlas, iba por aldeas y caseríos tras las melodías populares. En la conciencia de muchos reinaba la convicción de ser el P. Donostia el llamado a orientar el rumbo del renacimiento musical vasco.

Llegó el día y el momento de recibir a los «excursionistas» en el «Salón» preparado al efecto. Según entraban, íbamos sabiendo y pasando de boca a oído sus nombres: D. Celedonio Múgica, D. José M.^a Olaizola, el Sr. Muñoa, el P. Otaño, D. Julio Valdés, D. Eduardo Moco-roa, D. Arturo Campión... y entre un nutrido grupo de sacerdotes, el futuro Arzobispo de Valladolid, Monseñor García Goldaraz. Allí también el P. Donostia. Y quiso honrarnos con su presencia y presidencia el Cardenal Netto, franciscano, Patriarca de Lisboa, quien, expulsado de su patria por la revolución, en nuestro convento halló un refugio acogedor.

Hizo la presentación el P. Otaño, quien comenzó con estas memorables palabras: «Mucho había oído hablar de la pobreza capuchina, pero jamás imaginé que llegara a tanto». En efecto, aquel «Salón», el lugar más aparente que pudimos ofrecer a aquellos personajes, bien podía pasar por un decentito desván. Y para llegar a él, ¡Dios Santo! Nada; que el P. Otaño se quedó muy corto. Mas viendo tan a sus anchas al Cardenal Netto en aquel convento, comprende uno que la felicidad no está reñida con la pobreza y que es de gran utilidad el conocer la estrechez y el saber contentarse con poco.

Al término del acto leíase en los rostros de los asistentes una satisfacción que, de reflejo, iluminaba los nuestros. Y el motivo principal para muchos, pero muy particularmente para la «Schola», pienso yo, fue el haber oído al P. Donostia, que nos regaló con sus *Preludios Vascos*. Nunca habíamos oído cosas igual.

Tal fue mi primer contacto con el P. Donostia. Mas ¿quién me hubiera dicho en aquella ocasión que cuatro años más tarde había de compartir con él una misma celda en el Convento de PP. Capuchinos de Madrid, él en sus tareas musicales yo en mis estudios universitarios ? -¿No te estorbo?, decíame a veces al sentarse al piano -«De ninguna manera», le respondía; «Tu música no hace ruido, sino una suave y dulce armonía, que acompaña y clarifica otras armonías interiores».

Aquella convivencia de ocho meses fue el comienzo de la amistad que ni los años, ni las distancias, ni la misma muerte han logrado quebrantar.